

EL OBISPO MINGUELLA Y LA INVESTIGACIÓN DE LA HISTORIA SEGUNTINA

Amparo Donderis Guastavino

Resumen: A lo largo de esta comunicación intentamos acercarnos a la vida, a la mentalidad, a la obra del Obispo Minguella y al ambiente cultural que le rodeó y que sin duda dejó una importante huella en su personalidad y en su producción historiográfica.

Palabras clave: Historiografía / Historia local / Edad contemporánea / Biografías,

Abstract: In this paper we try to approach life, the mentality, the work of Bishop Minguella and cultural environment that surrounded him and certainly left an important mark on his personality and historiographical life.

Key words: Historiography / local history / contemporary age / Biographies.

En el año 2013 se cumplió el centenario de la edición del tercer volumen de la «Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus obispos» de Fray Toribio Minguella y Arnedo. Una obra calificada como monumental y clásica, que a pesar del tiempo transcurrido, continúa siendo una referencia imprescindible para aquellos estudiosos que deseen iniciar cualquier tipo de estudio de la historia de Sigüenza. Ofrece una gran cantidad de datos y documentos en su semblanza de la diócesis seguntina desde sus comienzos hasta fines del siglo XIX, cuando el propio Minguella asume la silla episcopal seguntina.

A través de esta obra podemos estudiar la historia de los obispos y de los acontecimientos más relevantes de sus pontificados. Personajes que a su carrera eclesiástica unieron la realización de importantes empresas: hubo obispos visigodos que participaron en concilios; obispos guerreros como D. Bernardo de Agen; obispos con enorme dimensión como el Gran Cardenal D. Pedro González de Mendoza; obispos constructores como D. Pedro de Leucata, El Obispo Díaz de la Guerra y D. Pedro Vejarano que nos legó la emblemática Alameda, construida para «solaz de los pobres»; hubo Obispos

hábiles en relaciones internacionales como D. Fadrique de Portugal o D. Pedro de La Gasca, pacificador del Perú y Obispos historiadores como Fray Toribio Minguella. Hubo muchos más, la Diócesis Sigüenza a lo largo de su historia ha tenido obispos de reconocido renombre y dimensión, que han sido estudiados por los historiadores.

Esta gran obra estructura en tres volúmenes:

Volumen 1.— Orígenes de la ciudad, de la sede episcopal y de sus obispos hasta el siglo XIII

Volumen 2.— Historia de los obispos desde principios del XIV al XVII, apéndices y colección diplomática.

Volumen 3.— S. XVII a fines XIX, obispos auxiliares, cabildo catedral, personajes ilustres, seminario, arciprestazgos y ermitas.

A través de los que podemos estudiar además de los citados obispos, los monasterios, conventos, ermitas, establecimientos de caridad, santos de la diócesis, la catedral, sus capillas y altares, el Colegio de Infantes, la Casa de Misericordia y la Universidad. En suma, la historia de la antigua diócesis seguntina que englobaba Zaragoza (actual diócesis de Tarazona), Soria (Diócesis de Osma), históricos y extensos arciprestazgos de la diócesis seguntina de aquella época.

A lo largo de esta comunicación nos acercaremos a la vida humana y espiritual, a la mentalidad, a la obra de este personaje y al ambiente cultural que le rodeó y que sin duda dejó una importante huella en su personalidad y en su producción historiográfica.

Minguella fue el Obispo número 87 de la diócesis seguntina: historiador, biógrafo de San Ezequiel Moreno y uno de los más importantes filólogos de su época. A su apreciable legado cultural transmitido a través de las tareas que abordó y de los libros que escribió, no sólo el que hoy ocupa nuestra atención, se suman la herencia espiritual propagada en las cartas pastorales dirigidas a sus fieles y la humana, transmitida en la correspondencia mantenida con su madre y su hermano, a través de la que se desprenden rasgos de una personalidad marcada por la huella que le dejaron aquellos países y civilizaciones que conoció y evangelizó a lo largo de su vida.

SUS PRIMEROS AÑOS

El matrimonio formado por Atilano Minguella y Margarita Arnedo, vivía en un pequeño pueblo riojano llamado Igea. Se dedicaban al comercio textil y tuvieron ocho hijos. El 16 de abril de 1836 vio la luz el penúltimo de hijos, al que siguiendo la costumbre de la época se le impondría el nombre del santo del día: Santo Toribio de Liébana, presagio quizá de lo que sería su vida. Compartió sus años de infancia con los niños de su edad, jugando en las calles del pueblo y asistiendo a la escuela local donde aprendió a leer, escribir, contar y rezar, según la costumbre y los principios educativos del siglo XIX. Era un alumno aplicado, al cumplir los 12 años, sus padres decidieron enviarlo al seminario conciliar de Tarazona, con la esperanza de poder dar a su hijo una formación más adecuada a su reconocida valía. Al llegar a la adolescencia, dio un paso más ingresando en el noviciado de los Agustinos recoletos de Monteagudo, provincia

de Navarra, donde tomó los hábitos. En aquel ambiente despuntó su interés por los estudios, llegando a ser uno de los miembros más destacados de esta orden religiosa. Durante las largas horas de estudio surgió su vocación de filólogo al despertar su interés por el estudio de las lenguas clásicas y, concretamente del latín.

VOCACION RELIGIOSA Y DEDICACIÓN MISIONERA

En aquellos años ingresar en la orden de agustinos recoletos suponía tener una vocación predicadora cuyo destino eran las misiones de Ultramar y, concretamente Filipinas donde los padres agustinos desarrollaban principalmente su labor misionera desde el siglo XVI, época en la que sin duda destaca la figura de Andrés de Urdaneta (1508 – 1568), religioso, militar y cosmógrafo, que acompañó a las primeras expediciones a las islas. Esta importante proyección social de la orden religiosa, jugó a su favor impidiendo la exlaustración y la desamortización de sus conventos y monasterios en España¹. Precisamente la casa de Agustinos de Monteagudo fue uno de los que no se vio afectado por la ley de extinción de conventos de España de 1837, debido a su condición de colegio de misiones para las provincias de Asia.

Durante su estancia en Monteagudo, Minguella demostró interés especial por el Plan de estudios para alumnos destinados en las misiones agustinianas en Filipinas. En el año 1854 hizo profesión religiosa a la edad de 18 años, pero aún tuvo que esperar casi tres años más para ver realizado su sueño misional.

En diciembre de 1857, acompañado por otros 26 connovicios, este «fraile menu-dito», como lo describe Bengoa, emprende un largo e incómodo viaje por carretera, desde Monteagudo a Cádiz, atravesando toda Castilla: hizo tramos en carromato y otros a pie, por caminos polvorientos, parando en posadas poco recomendables, hasta llegar a la bahía de Cádiz donde embarcó a bordo del recién estrenado «Luisita», rumbo a las islas Filipinas. Bordeando el cabo de Buena Esperanza y, tras cinco meses de accidentada travesía arribaron al puerto de Manila, en mayo de 1858. Del barco descendió un joven de 22 años con una gran vocación de servicio.

Una vez allí continuó sus estudios en el Convento de San Nicolás de Intramuros de la capital filipina, fue ordenado sacerdote y enviado a Silang. Allí siguió los principios de los agustinos recoletos que, al igual que otras ordenes misioneras destinadas en colonias, como franciscanos y dominicos, realizaban una tarea evangelizadora que consistía en la educación por medio del estudio y la investigación de las lenguas, usos y costumbres de los pueblos evangelizados.

Cumpliendo con el requisito indispensable señalado desde el siglo XVI para todos los misioneros, Minguella aprendió el idioma filipino, la lengua tagala. Predicó en este idioma y a su extraordinaria labor de apostolado sumó la enseñanza del español a los niños. Su experiencia dio como resultado años más tarde su «Ensayo de gramática hispano-tagala», que todavía hoy se estudia y analiza, estando considerado como uno de los mejores en su género². Aunque se da como lugar y fecha de publicación en Manila en el año 1878, quienes los han estudiado afirman que el libro fue fruto de sus experiencias y reflexiones posteriores y lo plasmaría por escrito estando ya en la Rioja. Un

paso más lo daría en 1886 al escribir el «Método práctico para que los niños y niñas de las provincias tagalas aprendan a hablar castellano».

En aquellos años las gramáticas escritas por misioneros estaban pensadas como herramientas para facilitar la enseñanza de las lenguas indígenas a aquellos que se desplazaban a las misiones para evangelizar. Pero Minguella, abrió una línea diferente, al pretender enseñar castellano a los niños y las lenguas indígenas a los misioneros. Dedicó sus esfuerzos a elaborar unas normas de carácter didáctico, muy sencillas destinadas a los pequeños indígenas que, careciendo de base gramatical deben aprender un idioma nuevo. Así elabora un método muy sencillo, utilizando un método tradicional consistente en Invertir el orden empezando por la práctica y dejando la teoría para el final. Este método guarda relación con la enseñanza del latín y en el siglo XIX se aplicaba al estudio de las lenguas europeas como el inglés, francés y español. Siguiendo el modelo de Nebrija.³ Sus trabajos presentan particularidades que resultan interesantes como la explicación de la gramática española en tagalo con los términos gramaticales en español.

Además da un paso más, «convirtiendo el texto en un pretexto»⁴ con la doble finalidad de adoctrinar a los indígenas y mantener la fe en los misioneros. A través de la enseñanza católica se transmite una ideología, una doctrina religiosa y unos principios morales, resultando ser la enseñanza del idioma una herramienta al servicio de la evangelización.

Durante su estancia en las islas Filipinas alcanzó su madurez intelectual y espiritual. Desarrolló dos cualidades muy importantes: tacto y prudencia⁵, que le ayudaron a salir airoso de numerosas dificultades que encontró en la misión. Recorrió el archipiélago desempeñando numerosas tareas de apostolado y docencia: fue párroco, misionero, profesor de español y de tagalo en la Academia militar española de Cavite – viejo y se erigió en defensor, ante el gobierno español, de los derechos y los intereses espirituales de los agustinos recoletos en Mindanao. De sus impresiones y sensaciones tenemos noticia a través de la correspondencia mantenida con su madre y con su hermano José, militar de profesión, a quienes narra su infatigable labor al frente de las parroquias tagalas saturadas de feligreses que necesitaban su atención.

SAN MILLÁN DE LA COGOLLA Y VALVANERA

Diecisiete años de su vida dedicó a las misiones agustinas en Oriente hasta que en el año 1876 el capítulo provincial de los Agustinos lo destina a la Península, aunque aún continuará vinculado a la Misión filipina enviando novicios a Oriente y escribiendo libros de gramática. Nombrado Superior general y Comisario en España de la provincia filipina de san Nicolás de Tolentino, logra que el gobierno y el Obispado de Calahorra le cedan en 1878 el antiguo Monasterio benedictino de Yuso en el Valle de San Millán de la Cogolla⁶.

Ese año de 1878, el 25 de mayo, toma posesión del monasterio de Yuso.⁷ Este monasterio había sido benedictino hasta 1835, año en que debido a la desamortización eclesíastica de Mendizábal, es expulsada la comunidad benedictina. Durante 31 años Yuso permaneció abandonado, Tan solo dos años, entre 1866 y 1868, es ocupado por

misioneros franciscanos, para sufrir un nuevo abandono durante un decenio con el consiguiente deterioro que ello conlleva. Vuelta la propiedad del Monasterio al Estado, en 1878, tras la gestión de Minguella, este es ocupado por la Orden de Agustinos Recoletos, como casa de formación de aquellos destinados a realizar su misión en las españolas islas de Oceanía.

Un año más tarde recibe el cargo de rector del Colegio (1879 – 1882), comenzando así una etapa en la que además de regir la vida de la comunidad religiosa, realiza una importante labor de recuperación de los dos centros culturales y espirituales más importantes de la Rioja: San Millán de la Cogolla y Valvanera. El Monasterio de San Millán de la Cogolla había sufrido innumerables daños como consecuencia de la desamortización eclesiástica y civil que hizo desaparecer a partir de 1836 instituciones centenarias, originando un trasvase de documentación hacia otras estatales y posteriormente, en 1850, a la Real Academia de la Historia. A partir de 1866 al Archivo Histórico Nacional que se crea para recoger la documentación que la Academia de la Historia se sentía incapaz de albergar debido al gran aluvión de documentos que empezaron a llegar.¹

Se dedicó a recuperar el patrimonio arquitectónico, documental y bibliográfico, libros y documentos desaparecidos del archivo del antiguo Monasterio benedictino, que no van a parar a ninguna institución porque habían sido custodiados por los vecinos de la localidad, se agrupan ahora formando la Colección Minguella. Interesado por la historia del monasterio y como filólogo, estudió los textos de San Millán, afirmando su nacimiento en Berceo y los orígenes del castellano. A esta colección pertenece el Códice Emilianense que reúne textos que constituyen la base jurídica del reino visigodo, las transcripciones fueron hechas por el Padre Romero de la orden benedictina. También debemos recordar el tradicionalmente conocido como *Cartulario de la Iglesia de Valpues- ta*, que en realidad son dos códices, conservados en el Archivo Histórico Nacional:

1. Becerro gótico (Códice 1166B), en escritura visigótico mozárabe.⁸
2. Beccerro galicano (Códice 1167B), en escritura carolina.

Su trabajo «Vida y milagros de San Millán»⁹, acreditó suficientemente sus méritos para ingresar en la Real Academia de la Historia en 1884, siendo posteriormente galardonado con el premio al talento de dicha Academia. Su actividad y estudio de los becerros continuó durante varios años más en los que mantuvo correspondencia con estudiosos de los becerros conservados en el archivo emilianense.

Otro Santuario cuya restauración va a promover es Valvanera, Patrona de la Rioja, centro espiritual y destino de numerosas peregrinaciones a su virgen románica. Minguella no conoce el santuario, aunque de pequeño había escuchado muchas veces a su madre hablarle de éste y de la Virgen, de la que era fiel devota¹⁰. Una vez tomado posesión de San Millán, movido por los recuerdos de su infancia visita aquel lugar sagrado el verano de 1879. La desamortización ha hecho estragos en el monasterio y Minguella, vuelve con mucha tristeza, «con el corazón partido de pena» pero con la idea de restaurarlo urgentemente. En mayo de 1880 se organiza una peregrinación con la participación de 1000 personas, al año siguiente son 6000 los peregrinos y además por

primera vez escuchan un sermón del Padre Minguella y decir «estamos en la Iglesia de Valvanera».

Cuanbdo es nombrado comisario y vicario provincial de los agustinos en Madrid., se ve obligado a desplazarse hasta la capital, pero la distancia no le impide continuar formando parte de la junta restauradora de Valvanera. Ligado de por vida al santuario mariano, en 1883 ve con agrado la llegada de una comunidad benedictina al Monasterio y posteriormente llegará la recuperada talla original de la virgen que se custodiaba en la parroquia de Brieva al que será su lugar definitivo. Al final de su vida, un año antes de morir, dedica su tiempo a escribir y publicar la «Historia de Valvanera».

Su labor en defensa del patrimonio agustino no cesa y el 4 de agosto de 1888 el Ministerio de Ultramar le nombra Cronista General de la Orden Agustina de España.

Paralelamente dirige a distancia la construcción de la iglesia del Carmen en el convento de San Sebastián de Manila, inaugurado por los agustinos recoletos en 1891. Incluso se baraja la posibilidad de volver a Filipinas aprovechando su experiencia en la iglesia colonial. Antes de partir acudirá a Valvanera a despedirse .Sin embargo, sus sueños se desmoronan al saber que su destino no será Asia sino el Caribe.

EL OBISPADO DE PUERTO RICO

Su consagración como obispo español en Puerto Rico se produce en momentos muy difíciles para el colonialismo español en las Antillas. Fue el último obispo español antes de la pérdida de los dominios caribeños. Contó con una gran confianza por parte de la Iglesia y del Gobierno español con la reina regente M^a Cristina de Habsburgo al frente. A ella precisamente le correspondía, a través del Ministerio de Ultramar y la Dirección General de Gracia y Justicia, la elección y presentación de candidatos para su elección por el Pontífice¹¹.

Fue preconizado el 5 de agosto de 1894 en la Iglesia del colegio Agustino de Marcilla, centro ilustre de la orden religiosa e inmediatamente después partió rumbo a la isla de Borinquen, como conocen los indígenas a Puerto Rico. Durante el viaje le inundan los recuerdos de juventud y rememora aquel primero que realizó a Filipinas y, aunque ha alcanzado la madurez de la vida, no olvida el espíritu misionero que le guió en su juventud filipina, 36 años atrás. Su situación ahora es distinta, no llegará como joven misionero sino como Obispo y en la isla caribeña tendrá que desempeñar un papel difícil, que ya conoce porque días previos a su viaje se ha documentado sobre la situación que encontrará en su nuevo destino. Consciente de la necesidad de proveer a sus habitantes de una educación integral comienza a preocuparse por la educación e instrucción de sus fieles. Además también tendrá que hacerse cargo de una iglesia que debía luchar contra la propaganda protestante y defender los derechos de la bandera española en aquellas tierras.

Dos autoridades religiosas: el arzobispo de Cuba y el Obispo de la Habana, le acompañaron en su entrada a su nueva sede episcopal y, una vez instalado, dedicó sus esfuerzos a ayudar a las órdenes religiosas asentadas en la isla caribeña. Las Siervas de María, que habían pasado por numerosas dificultades anteriormente, enviaron una

representación para acompañarle en el barco que le llevó a Puerto Rico, con la esperanza de que la llegada de un nuevo obispo, mediara en sus relaciones con los indígenas. Minguella además jugó un papel destacado en la implantación de la orden agustina descalza en la isla, contribuyó a la fundación de una misión en Puerto Rico en 1896 y un asilo de caridad en San Juan.

Durante su estancia en la isla caribeña el obispo, dirigió cuatro cartas pastorales¹² a sus feligreses manifestando su preocupación por el ambiente sociopolítico, cultural, militar y religioso que vivía la isla y que afectaban al normal desarrollo de la vida cotidiana. El Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Puerto Rico recoge las cartas pastorales del obispo: la primera carta la escribió con motivo de su entrada y toma de posesión de la diócesis, la segunda el 1 de marzo de 1895 coincidiendo con el sermón del primer domingo de Cuaresma., la tercera el 22 de febrero de 1896 y la última el 26 de abril de 1897. En ellas se puede analizar y conocer la situación de la Iglesia en Puerto Rico a fines del siglo XIX y las estrechas relaciones Iglesia – Estado. Todavía a fines de siglo, la Real Cédula de 1858, regulaba todo lo relativo a la organización de la diócesis otorgando al obispo facultades para resolver normas legales y el desempeño de una serie de cargos públicos: era miembro nato de algunos organismos de la Administración pública de la isla: Consejo de Administración y Junta de Autoridades, ambos cargos con funciones consultivas. Fue designado senador por el arzobispado de Cuba entre 1896 y 1898.¹³

En el verano de 1897 se anuncia la firma del nombramiento de Minguella como Obispo de Sigüenza¹⁴, aunque no abandonará la isla a la espera de la llegada de un sucesor que le reemplace en la silla episcopal y tardará en llegar porque en esta ocasión las autoridades no se ponen de acuerdo en la elección. Inicialmente se piensa en Eladio Arnaiz, Provincial de los Paules y Rector del Seminario de la Purísima Concepción de Sigüenza.¹⁵ Desde aquel momento, la prensa de Guadalajara se va a hacer eco de su trayectoria y de cuantas actividades y viajes realice antes de tomar posesión de la sede seguntina.

El regreso se produce unos meses antes de la pérdida colonial. Motivos de salud achacados al clima de las islas y una gestión dudosamente desafortunada motivaron su traslado a la Península. La situación que se vivía en aquellos momentos era muy comprometida, fruto de una profunda crisis política y religiosa que culminaría con la Paz de París de Diciembre de 1898 por la que España perdía definitivamente Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Su despedida a los feligreses antillanos estuvo cargada de una fuerte dosis de un patriotismo religioso que le había acompañado siempre desde su etapa juvenil misionera «amad a España que os ha dado su nombre, su sangre, su idioma, su civilización y su fe.»¹⁶

EL OBISPADO DE SIGÜENZA

La travesía en barco rumbo a España fue incómoda y muy desagradable. Sufrieron los inconvenientes del fuerte vendaval que azotó el viaje; además el obispo fue tes-

tigo de primera línea del drama que sufrían los repatriados, aquellos que habían logrado sobrevivir al conflicto y alas enfermedades y regresaban a casa en pésimas condiciones de salud.¹⁷ Jóvenes soldados recién llamados a cumplir el servicio militar, con escasa preparación, se vieron obligados a luchar bajo terribles condiciones materiales, en un ambiente nuevo y desconocido, contra enfermedades tropicales que eran su mayor enemigo, contra una humedad que les causó graves enfermedades pulmonares, contra el vómito que era mortal. Fue una penosa y dolorosa repatriación de hombres famélicos, lisiados, con sus vidas destrozadas y con dificultades para su reinserción social por las discapacidades que padecían. Ellos pagaron con su juventud la defensa de unos intereses que no les dio nada a cambio. Regresan en un barco convertido en improvisado hospital flotante que más bien parece, como señala la prensa de aquellos años, un barco-cementerio. Soldados moribundos todavía son capaces de impresionar a un obispo que ha vivido en tierras aborígenes y que sobrecogido por la situación, no duda en administrar los últimos sacramentos a moribundos y fallecidos, antes de asistir al lanzamiento de sus cuerpos sin vida al mar.

En Otoño se produce su llegada a España, conmovido por los acontecimientos vividos, piensa que todo esto se puede evitar y para evitar tantas muertes, pedirá a las autoridades que, en los próximos viajes limiten el número de pasajeros por barco, aumente la asistencia sanitaria, mejore la higiene del barco y la alimentación de los pasajeros.

Unas semanas antes de tomar posesión de la sede seguntina, se acercó unos días a Tarazona de Aragón a visitar a su familia y amigos, ya que tanto en la citada localidad como en Monteagudo (Navarra), sede del noviciado agustiniano era muy querido.¹⁸

El 10 de junio de 1898 toma por poderes la catedral y obispado de Sigüenza y el día 12 entra en la sede episcopal con todos los honores. Si bien es cierto que antes de su nombramiento hubo dudas y posteriores decepciones al esperar otros destinos más importantes que la mitra seguntina. Al igual que en las Antillas, aquí desempeñó el cargo de senador por el arzobispado de Toledo entre 1899 y 1900.

En su entrada a Sigüenza se produjo, según la costumbre habitual, en mula blanca recorrió las principales calles desde el palacio episcopal, unos metros antes de llegar a la catedral, se apeó de la mula para caminar bajo palio y sobre una colorida alfombra, hasta la basílica catedralicia. Le acompañaba el nuevo obispo de Puerto Rico, el agustino Francisco Valdés Noriega, que no llegó a tomar posesión de la diócesis por su renuncia previa a causa de la guerra hispano-estadounidense, facilitando así el traspaso de poderes y la llegada del primer obispo norteamericano a la sede de San Juan de Puerto Rico, tras la firma del Tratado de París de 1898.

Parece que el clima de Sigüenza y su pinar le sientan bien al nuevo obispo, que ejerció la dirección espiritual de la sede eclesiástica entre 1898 y 1917. Durante esos años desarrolló su labor episcopal y continuó escribiendo aquellas cartas pastorales que tanto le gustaba dirigir a sus feligreses¹⁹. En su carta agradece a sus nuevos feligreses el solemne recibimiento y al mismo tiempo dirige una mirada de cariño a sus antiguos fieles borinqueños y tagalos, a quienes no olvida. De aquel texto, nuevamente se desprenden acentos de profundo patriotismo católico con motivo de la pérdida de las colonias, lamentando no sólo del desgaste materia y de la generosa sangre derramada, sino del peligro al que quedaban expuestos los católicos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Minguella ejerció la dirección espiritual de la diócesis seguntina entre 1898 y 1917. Durante esos años desarrolló su labor episcopal y continuó escribiendo las cartas pastorales que tanto le gustaban. En la primera carta agradecía a sus nuevos feligreses el solemne recibimiento y dirigía una mirada de cariño a sus antiguos fieles borinqueños y tagalos. Del texto se desprenden acentos de profundo patriotismo católico con motivo de la pérdida de las colonias, lamenta no sólo las pérdidas materiales y la generosa sangre derramada sino también el peligro al que quedaban expuestas los católicos de las colonias que ahora quedaban expuestas a nuevos peligros.

Su llegada a Sigüenza coincidió con un momento histórico de gran interés: la aparición de la imprenta provincial que contribuyó enormemente a la propagación y difusión de la cultura a fines del siglo XIX y principios del XX²⁰. En el caso de Sigüenza destaca la imprenta Box que, bajo el mandato del obispo Minguella, se va a encargar de imprimir el Boletín eclesiástico, la Historia de la Diócesis de Sigüenza, la Ilustración Seguntina, revista de carácter diocesano y de periodicidad semanal, cuyo primer número se edita en 1900. En el año 1909, Minguella publica «la Biografía de San Ezequiel Moreno», riojano y amigo suyo, misionero en Filipinas y obispo de Colombia, fallecido a causa de un cáncer, erigido en el patrón de quienes sufren esta enfermedad. Este mismo año Rufino Blanco, director del universo publica la reseña en el periódico, que Minguella agradece aunque con cierta sorna manifiesta su desacuerdo por la sección escogida: «esta biografía ni es comedia ni es novela». Aun así continuó manteniendo correspondencia con Blanco y agradeciéndole cada vez que el periódico publicaba alguna noticia de su actividad política, recordemos que fue senador por Toledo.

Esta actividad cultural no va a ser un hecho aislado, hay que recordar además que, pocos años antes, en el año 1856 se producía la creación de la Escuela de Diplomática en Madrid por el Ministerio de Fomento con el objeto de poner la archivística al servicio de la historia y de los historiadores de la Edad Media²¹ y en 1866 se crea el Archivo Histórico Nacional, alrededor de estas dos instituciones se mueve toda una generación de historiadores eruditos que eran expertos en ciencias auxiliares de la historia: Paleografía, Diplomática, Genealogía, Cronología, Latín Medieval... Además de profundos conocedores de una arqueología. Ejemplos de ello vamos a encontrar entre los historiadores de la provincia de Guadalajara.

Minguella conoció el ambiente cultural de la Guadalajara de fin de siglo y a toda una generación marcada por la huella del desastre del 98, que él había vivido tan de cerca y que influyó en tal medida en los historiadores alcarreños de fines del siglo XIX que escribieron sus obras en el contexto marcado por el Regeneracionismo y un regionalismo triunfante frente a este desastre del 98.

Tuvo amistad con los historiadores de su época, con quienes compartió el gusto por el estudio del pasado. Serrano Sanz, Juan Catalina García y Pérez Villamil, pioneros en el estudio de la historia del Arte. También debemos recordar a Román Andrés De la Pastora, Manuel Magallón y Cabrera que fue director del Archivo Histórico nacional y Severino Sardina, canónigo archivero que escribió en 1924 «Origen de la catedral de Sigüenza».

Juan Catalina García López, como Serrano Sanz y Pérez Villamil, perteneció al cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos. Entre 1885 y 1911 des-

empeñó el cargo de cronista oficial de la provincia y emprendió la investigación y redacción del catálogo monumental de la provincia de Guadalajara, obra de encargo que se incluye en el proyecto que surge a nivel nacional tras el Decreto de 1902: Una importante generación de eruditos investigadores, surgidos a mediados del XIX en un ambiente profundamente historicista y con una gran afición por las antigüedades, estaba dando lugar a la edición de unas guías que no eran nada convincentes a principios del siglo XX. Por este motivo, El gobierno de Francisco Silvela, a través del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes firma el 14 de febrero un decreto estableciendo la formación del Catálogo Monumental y Artístico de la nación española. Este decreto afectó al desarrollo de la política cultural y al cultivo de las ciencias humanas en la sociedad española de principios del siglo XX porque además de elaborarse guías se impulsan los estudios de Historia del Arte y se garantiza la conservación de la riqueza o patrimonio. Consecuencia del decreto fue la elaboración de una monumental obra de inventario / catálogo de la riqueza monumental de cada provincia²² impulsado por dicho Ministerio que encarga a los cronistas provinciales su elaboración. Además de este importante trabajo Juan Catalina García es autor de la Biblioteca de Escritores de Guadalajara, una fuente inagotable para los estudios de historia del Arte, donde aplica con rigor el método positivista.

Sin duda entre todos sus contemporáneos su mejor amigo fue D. Manuel Pérez Villamil (Sigüenza, 3 de octubre 1849 - 1917) arqueólogo y escritor perteneció también al Cuerpo de Archiveros, en 1907 ingresó en la Real Academia de la Historia, su discurso fue contestado en nombre de la Academia por Juan Catalina García, entonces Director del Museo Arqueológico. Minguella y él fueron grandes amigos, compartieron aficiones y le escribió la carta –prólogo en 1899 que incluyó Pérez Villamil en el libro sobre la Catedral de Sigüenza, sintonizaron en la misma visión patriótica– religiosa de España y en el prólogo Minguella imprime la huella del desastre del 98 y le ayudó bastante no sólo consultando su libro «Estudios de Historia y Arte. La catedral de Sigüenza» sino también su opinión de los textos que iba escribiendo. Pérez Villamil escribió «La catedral de Sigüenza», en un contexto cultural plenamente regeneracionista, plagado de historicismo romántico, desde criterios históricos ya superados.

En el año 1899, cuando apenas llevaba un año ocupando la silla episcopal Fray Toribio Minguella, en el boletín Eclesiástico del obispado de Sigüenza se anuncia la publicación del libro de Pérez Villamil y se hace el siguiente comentario que nos ayuda a conocer el carácter historicista que comparten ambos y comprender la corriente historiográfica que siguen:

«...Estudiar las catedrales españolas de la Edad Media como testimonio más auténticos de nuestro antiguo poderío; buscar en los documentos de sus archivos y en el simbolismo de sus monumentos los caracteres de nuestra civilización....».

El autor ha estudiado durante largos años la catedral de Sigüenza, su archivo que arranca del primer tercio del siglo XII, ha descifrado el simbolismo de sus piedras y reconstruido sobre sólidas bases su historia. No es una guía para visitar la catedral, sino

un estudio de Historia del Arte en España desde el siglo XII, donde el autor ha procurado ofrecer a los entendidos muchas noticias nuevas respecto a la historia de nuestra cultura, «encerrada como rico joyero en artístico tesoro, al que están vinculadas todas las glorias de nuestra patria»²³ El libro va acompañado de copiosos apéndices y un vocabulario de términos de arte e ilustrado con fotografados.

Curiosamente el libro se puso a la venta en la propia casa del autor en la madrileña calle de San Quintín nº 8, 2º izqda y en Sigüenza en la casa de D. Antonio Fernández, en la céntrica calle Villegas nº 9.

Siguiendo con este estudio paralelo de Minguella y Pérez Villamil, Pedro Navascués de Palacio, catedrático de arte, dijo en una conferencia sobre la catedral de Sigüenza que impartió en el año 1999 que

«...Ambos en sus monumentales obras recogen datos fundamentales que hoy todavía hemos de seguir consultando, dado el rigor de su trabajo basado en la información pacientemente obtenida de los documentos que estudiaban en el Archivo catedralicio».

Si Pérez Villamil realiza un completísimo estudio de la catedral, Minguella no se queda atrás con su episcopologio. Es historicista y así se refleja en el prólogo de su obra donde hace una relación de todos los autores que han escrito sobre la historia de los Obispos de Sigüenza, desde el S. XVII al XIX, En el prólogo del primer volumen cita a Gil González Dávila, a Diego Sánchez, a Román de La Pastora, a quien no llegó a conocer pero a quien debe mucho. Román La Pastora fue sacerdote y miembro de la Real Academia de la Historia, estudioso de la historia seguntina, dejó una serie de notas manuscritas y un libro inédito «Catálogo de los Señores Obispos de Sigüenza», que llegaron a manos del Obispo Minguella y, ante su importancia decide embarcarse en su edición, pronto descubre aspectos a su modo de ver difusos e inexactos, por lo que decide investigar personalmente en el Archivo catedralicio y escribir su propio estudio. Tomando como base aquellos manuscritos y borradores de La Pastora, Minguella recopiló minuciosamente datos de todos los obispos que le precedieron, de las iglesias y monasterios de la diócesis, analiza todos los autores anteriores que han escrito sobre el tema, bebe en las fuentes de centurias anteriores, desde el siglo XVII a su época. Decide finalmente acudir a los documentos, a las fuentes inéditas, que transcribe para mejorar y escribir su propio texto.

Nos hallamos ante una obra que se inserta perfectamente dentro de la historiografía del siglo XIX, centrada en el estudio de grandes obras y de grandes hombres y de los episcopologios, estudios que abordan la historia de los obispos. Minguella y su investigación sobre Sigüenza no es un caso aislado: las diócesis de León, Salamanca, Tortosa, Astorga... tienen también sus episcopologios por esta época. Escritos gracias al interés que la Iglesia siente por reconstruir y escribir la historia de las Iglesias catedralicias, una historia inseparable y a menudo identificable con los anales de sus pontificados. El impulso de creatividad surgido de la Santa Sede con su permeabilidad a los fenómenos culturales de fines del siglo XIX, la simpatía del papa León XIII por los estudios históricos, la situación del catolicismo español y el culto al pasado como ins-

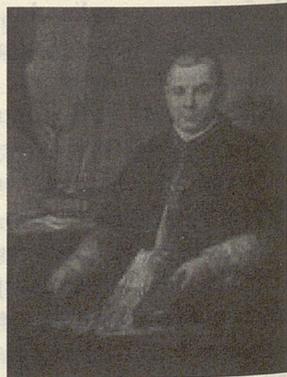
trumento político – ideológico en momentos muy difíciles, son factores que, según José Manuel Cuenca Toribio, impulsan este tipo de trabajos de investigación.

Calificada por muchos autores como historia «erudita»²⁴, nadie duda de su inmenso valor y mérito aunque, desde la perspectiva que marca el paso de un tiempo centenario, desde los nuevos enfoques historiográficos es lógico que se le critiquen algunos aspectos: su estructura recuerda el estilo de los grandes compendios de los siglos anteriores, en los que la cronología se imponía estrechamente a la hora de narrar los hechos, que son testigo de los documentos que se transcriben fielmente y aportan como fuentes fundamentales y fidédignas de los acontecimientos, sin la aplicación de un método científico. Nos encontramos ante una obra de tintes estrictamente decimonónicos. Desde la historiografía actual se echa de menos una visión sintética y global de la historia, donde además de acontecimientos se analicen otros aspectos que también son causa y consecuencia del devenir histórico.

Meses después de ver la luz el último volumen de su monumental obra, en el año 1914 su salud se resiente hasta tal punto que se teme por la vida del Obispo de Sigüenza, que encontrándose en Madrid cae enfermo y se le administran los últimos sacramentos, pero Minguella se recupera aunque tardará poco, apenas un año, en presentar su renuncia ante el Papa que es aceptada y se retira al municipio navarro de Marcilla, donde pasará los últimos años de su vida hasta su fallecimiento en el año 1920. Sin duda, uno de los más importantes legados que les dejó son las reliquias de San Agustín. En el año 1900 (7 de octubre) junto a tres obispos agustinos españoles, tuvo el privilegio de llevar a hombros las andas doradas sobre las que reposaba la arqueta con las reliquias de San Agustín para trasladarlas desde la catedral de Pavía a la basílica de San Pedro. Como recuerdo de aquel acto recibió los trozos del arca antigua que con otras pertenencias se llevaron al convento de agustinos recoletos de Marcilla.

Este riojano de dimensión universal, a pesar de sus importantes ocupaciones, de la distancias y del tiempo nunca olvidó a su pueblo y preocupado por la calidad de vida de sus paisanos, promovió la construcción del pantano de la Hoya de San Gimeneo para favorecer el riego de las huertas y la prosperidad de la agricultura, principal medio de vida de muchos de sus paisanos. En Igea siempre le estuvieron agradecidos, nunca olvidaron a su hijo más ilustre y en el año 2012 le dedicaron un homenaje con una serie de actos entre los que hubo conferencias, presentación de su retrato restaurado por Mar Echeгойen bajo el patrocinio de la Asociación de Amigos de San Ezequiel de Alfaro y un concierto donde se estrenó el Himno al Obispo Minguella.

En Sigüenza tampoco se le olvidó. Tras la edición del tercer volumen de su libro, transcurrieron unos años hasta que D. Aurelio de Federico Fernández, canónigo archivero de la catedral, decidiera prolongar la obra de Minguella hasta el año 1945, comienza su Historia de la diócesis de Sigüenza– hoy Sigüenza– Guadalajara y de sus obispos, con la biografía de Minguella, reconstruyendo su pontificado seguntino. Ofrece una inestimable cantidad de material para el estudio de la Iglesia jerárquica español-



la en la primera mitad del novecientos. Pedro Olea continuó trabajando en una línea similar con «Sigüenza entre las dos Castillas, un compendio de la historia de los Obispos hasta el siglo XIV» y también es digna de destacar la de D. Felipe Peces Rata «Los Obispos de la Ciudad del Doncel», que nos ofrece una breve visión de cada uno de ellos.

NOTAS

¹ Bengoa, José Manuel. «Monseñor Toribio Minguella Arnedo, oar, Obispo de Sigüenza, Misionero en dos hemisferios» En: Boletín oficial del Obispado de Sigüenza – Guadalajara pp.95 – 127

² BÁEZ MONTERO, Inmaculada PÉREZ RODRIGUEZ, María Rosa La historia de los manuales de enseñanza de lenguas extranjeras. El método práctico para que los niños y niñas de las provincias tagalas aprendan a hablar castellano, de Toribio Minguella y Arnedo (1886)

BÁEZ MONTERO, Inmaculada PEREZ RODRIGUEZ, María Rosa. El Texto de ELE como pretexto para adoctrinar a los niños. El caso del método práctico para que los niños y niñas de las provincias tagalas aprendan a hablar castellano, de Toribio Minguella y Arnedo (1886

³ BAEZ MONTERO, Inmaculada PEREZ RODRIGUEZ, María Rosa. Op., cit

⁴ BAEZ MONTERO, Inmaculada PEREZ RODRIGUEZ, María Rosa. Op., cit

⁵ PECES RATA, F. «Un agustino recoleto en Filipinas...

⁶ BENGOA «San Millán de la Cogolla, Valvanera y el padre Toribio Minguella» ed. Augustinus, 2006

⁷ BENGOA «San Millán de la Cogolla, Valvanera y el padre Toribio Minguella» ed. Augustinus, 2006

⁸ Según J.M. Ruiz Asencio, el Becerro Gótico, es «el cartulario de los reinos peninsulares occidentales más antiguo que conocemos».

⁹ traducido y publicado en 1883 en «San Millán de la Cogolla. Estudios histórico – religiosos acerca de la patria, estado y vida de San Millán» (Madrid, 1883)

¹⁰ BENGOA « Predicadores de Valvanera»

¹¹ ALVAREZ GUTIERREZ, Luís. Estado, Iglesia y sociedad en Puerto Rico a finales del siglo XIX. Pp.554 – 566

¹² BENGOA, J.M. Op., cit.

¹³ Archivo del Senado, Madrid. Expediente personal del senador Don Toribio Minguella y Arnedo, Obispo de Puerto Rico y Sigüenza, por el Arzobispado de Santiago de Cuba y por el Arzobispado de Toledo.

El Diario de Sesiones de aquellos años también contiene información sobre sus actuaciones.

¹⁴ La Crónica, año XIII, nº 973, 24 de julio de 1897

¹⁵ La Crónica, año XIII, nº 991, 25 de septiembre de 1897

¹⁶ PECES RATA, F. «Un agustino en Filipinas...», Op. Cit.

¹⁷ NÚÑEZ FLORENCIO, R. «Los otros españoles que fueron a Cuba: el drama de los repatriados» en: La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98, Madrid 1996, pp: 597 – 619.

¹⁸ La Crónica, año XIII, nº 998, 20 de octubre de 1997

¹⁹ «Sigüenza en 1898» número extraordinario de Flores y Abejas de 1989, escriben sendos artículos Felipe Peces Rata y Juan Carlos García Muela.

²⁰ SANCHEZ LAFUENTE, Pilar . «La imprenta y el libro en Guadalajara en el siglo XIX» en *I Jornadas sobre Patrimonio Bibliográfico en Castilla-La Mancha: actas: 12, 13 y 14 de noviembre, Alcázar de Toledo*, págs. 121-144. [Toledo] : Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2004.

- ²¹ LÓPEZ GÓMEZ, Pedro. 75 aniversario de la creación de los AHP. Presente, pasado y futuro (1931 – 2006). Origen y evolución de los AHP. Boletín ANABAD LVII (2007) n° 1, p. 14
- ²² Archivo Histórico Provincial de Guadalajara conserva el Catálogo Artístico y Monumental de la Provincia.
- ²³ PEREZ VILLAMIL: La Catedral de Sigüenza», pp. 319 – 320.
- ²⁴ BISLENGHI, Attilio. La mesnada del Doncel. Bibliografía seguntina 1533 – 2008.